

La reconfiguración del orden internacional en curso está desplazando de forma acelerada el centro de gravedad del sistema global hacia una estructura dominada por Estados Unidos y China. No se trata de un fenómeno coyuntural, sino de una transformación estructural que afecta a la gobernanza de la seguridad internacional, la arquitectura energética, la competencia tecnológica y la organización de las cadenas de valor. En ese escenario, la Unión Europea aparece progresivamente como un actor con elevada capacidad normativa interna, pero con una influencia geopolítica decreciente.

En las últimas semanas, los grandes ejes de negociación internacional han girado en torno a la guerra de Ucrania, la estabilidad de Oriente Medio, la seguridad de corredores energéticos estratégicos como el estrecho de Ormuz y la reorganización de las cadenas de suministro tecnológico. Estos ámbitos definen el núcleo duro del poder global contemporáneo. Sin embargo, la presencia de la Unión Europea ha sido secundaria, más reactiva que propositiva, y en gran medida condicionada por decisiones adoptadas previamente por otras potencias.

Este desplazamiento plantea una cuestión central sobre la naturaleza del liderazgo europeo actual y sobre la capacidad de la Comisión Europea, bajo la presidencia de Ursula von der Leyen, para articular una política exterior y económica con verdadera densidad estratégica. La cuestión no es meramente institucional, sino de poder efectivo: la capacidad de influir en las decisiones que estructuran el sistema internacional.

El contraste con etapas anteriores del proceso de integración europea resulta significativo. La Unión Europea ha conocido periodos en los que el proyecto comunitario estuvo acompañado por una ambición política explícita. Jacques Delors impulsó la profundización del mercado único con una visión de integración económica que aspiraba a reforzar la autonomía europea. Helmut Kohl y François Mitterrand entendieron la integración como un proyecto histórico de estabilización del continente con proyección global. Incluso en fases más recientes, Angela Merkel ejerció una capacidad de interlocución internacional que situó a Europa en el centro de numerosas negociaciones estratégicas.

Desde una perspectiva más teórica, esta evolución puede interpretarse a la luz de las advertencias de pensadores europeos que reflexionaron sobre el poder, la técnica y la organización política del continente. Ya en el siglo XX, autores como Hannah Arendt alertaban sobre el riesgo de una política reducida a la administración técnica, desconectada de la acción y del juicio político. En su análisis, la pérdida de «espacio para la acción» conducía inevitablemente a una erosión de la capacidad de decisión colectiva. Aplicado al presente europeo, este enfoque resulta especialmente pertinente: la primacía de la gestión normativa puede estar sustituyendo progresivamente a la decisión política estratégica.

En el plano económico, esta transformación se manifiesta con especial claridad. La competencia global se organiza hoy en torno a sectores críticos como la inteligencia artificial, los semiconductores, la energía, la defensa y la automoción eléctrica. Estados Unidos ha desplegado una política industrial explícita basada en incentivos fiscales, inversión pública y protección estratégica de sectores clave. China combina planificación estatal, control de recursos y expansión tecnológica. Ambos modelos, con diferencias sustanciales, comparten una misma premisa: la centra-

## EN NOMBRE PROPIO

| José Miguel Sánchez Muñoz, director general de Cámara Zaragoza

# En la partida del nuevo orden mundial, Ursula von der Leyen ni está ni se le espera



P. PALMER

lidad del poder económico como instrumento geopolítico.

Europa, en cambio, ha priorizado un enfoque normativo y regulatorio que no siempre ha ido acompañado de una estrategia industrial equivalente. Esta asimetría genera una tensión estructural entre los objetivos declarados, autonomía estratégica, transición ecológica, soberanía tecnológica, y la capacidad real de implementación.

«En esta partida del nuevo sistema internacional, la cuestión ya no es si Europa desea más influencia, sino si dispone de los instrumentos políticos, económicos y estratégicos para ejercerla»

El sector de la automoción constituye uno de los ejemplos más representativos de esta dinámica. Se trata de una industria fundamental para la economía europea, especialmente en países como Alemania, Francia, Italia y España. La transición hacia el vehículo eléctrico, junto con nuevas exigencias regulatorias y una competencia internacional intensificada, ha generado un proceso de transformación acelerada que no siempre ha sido acompañado por una política industrial de escala suficiente. El resultado es una presión creciente sobre la competitividad del sector en un entorno global altamente subvencionado por otras potencias.

La política energética refuerza este diagnóstico. La Unión Europea ha afrontado en los últimos años una combinación de dependencia externa, volatilidad de precios y fragilidad estructural que ha puesto de relieve la ausencia de una estrategia energética plenamente integrada. Aunque se han producido avances en diversificación de suministros y transición energética, los costes relativos siguen situando a la industria europea en desventaja frente a sus competidores globales.

En este contexto, la cuestión del liderazgo europeo no puede reducirse a una dimensión personal, pero sí se expresa institucionalmente en la capacidad de la Comisión para traducir objetivos políticos en influencia internacional efectiva. El problema no es únicamente de visibilidad, sino de densidad estratégica.

Desde una perspectiva más amplia, el filósofo Jürgen Habermas ha señalado la necesidad de una Europa capaz de articular una «voluntad política postnacional» sustentada en legitimidad democrática y capacidad de acción común. Sin embargo, la brecha entre esa aspiración normativa y la realidad geopolítica actual es cada vez más evidente. Europa sigue avanzando en integración jurídica y regulatoria, pero con dificultades crecientes para consolidar una voz única en los grandes equilibrios de poder.

El resultado es una Unión Europea que conserva una elevada capacidad normativa, pero que ha perdido influencia relativa en el sistema internacional. No se trata de una decadencia abrupta, sino de un desplazamiento progresivo en un mundo que ha recuperado con fuerza la lógica de la competencia entre potencias.

En este escenario, el debate no es solo sobre políticas concretas, sino sobre la naturaleza misma del proyecto europeo. La cuestión de fondo es si Europa quiere ser un sujeto político capaz de definir su propio entorno estratégico o si se conforma con ser un espacio regulatorio avanzado dentro de un sistema decidido por otros.

Y es aquí donde el diagnóstico adquiere su dimensión más exigente. Porque en la política internacional contemporánea no basta con enunciar principios ni con producir normas: es necesario disponer de capacidad de decisión, autonomía material y voluntad estratégica. Sin esos elementos, la arquitectura institucional pierde peso real en el sistema global.

Europa no ha desaparecido del escenario internacional, pero sí ha dejado de ocupar una posición central en la definición de sus reglas. Y esa diferencia es crucial: no es lo mismo participar en el orden mundial que contribuir a diseñarlo.

En esta partida del nuevo sistema internacional, la cuestión ya no es si Europa desea más influencia, sino si dispone de los instrumentos políticos, económicos y estratégicos para ejercerla. Y cuanto más tiempo tarde en abordarlo, más dependerá su futuro de decisiones tomadas fuera de sus fronteras.